

Zanpak

CUADERNOS DE ANTROPOLOGÍA-ETNOGRAFÍA

ZANPAK 36, 1-573, DOROSTA 2013

ISSN: 1137-4326, e-ISSN: 2443-9640, DOI: 10.7834/zanpak.2013.4



Espacios públicos: usos, discursos y valores

José I. Homobono Martínez
Isusko Vivas Ziarusta, eds. lts.

36

Zanpak

La imaginación de lo público: repensar la ciudad desde una acampada del 15M

(The imagination of the public: Re-thinking the city from
a 15M camp)

Diz Reboredo, Carlos

Universidade da Coruña. Rúa de Maestranza, 9. 15001 A Coruña
carlos.diz@udc.es

Recep.: 10.11.2012

BIBLID [ISSN: 1137-439X, eISSN: 2443-9940 (2013), 36; 75-86]

Acep.: 17.03.2014

Este texto discute el concepto de “espacio público” desde una aproximación etnográfica a una acampada del 15M, analizando sus discursos e ideología. La reciente ola de indignación refleja –y a la vez es producto– de las transformaciones contemporáneas de las ciudades y de su expansión metropolitana. En ellas nos detendremos para repensar la dicotomía de lo “público” y “lo privado”.

Palabras Clave: Espacio público. 15M. Plaza. Descentramiento. Devenir metropolitano.

Testu honetan “espazio publiko” kontzeptua jorratzen da, 15M mugimenduaren kanpaldi baterako hurbilketa etnografikoa abiapuntutzat hartuz, hartako diskurtsoak eta ideología aztertuz. Azken sumindura uholdeak agerian uzten ditu hirietan gertatutako eraldaketa garaikideak eta metropoliaren hedapena eta, aldi berean, horien ondorio da. Horri helduko diogu “publiko” eta “pribatuaren” arteko dikotomiaz gogoeta egiteko.

Giltza-Hitzak: Espazio publikoa. 15M. Plaza. Deszentralizazioa. Bilakaera metropolitarra.

Cet article traite sur le concept de l'espace public à partir d'une approche ethnographique, menée au cours d'une campée 15M ; il a le but d'analyser les discours et l'idéologie. Comme un produit, la récente vague d'indignation, reflète les transformations contemporaines des villes et leur expansion métropolitaine. Nous allons repenser la dichotomie entre « public » et « privé ».

Mots-Clés : Espace public. 15M. Place. Décentralisation. Avenir métropolitain.

INTRODUCCIÓN

“Acampar en una plaza es una privatización del espacio público”. Con estas palabras, la ex-presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, encendió el fuego dialéctico y disparaba el intercambio de mensajes en blogs, foros y portales de Internet el pasado 10 de mayo de 2012, en vísperas del primer aniversario del movimiento 15M. Recogiendo la frase anterior en mi cuaderno de campo, y esforzándome a la vez por disimular la sonrisa, no pude obviar entonces el rótulo enrojecido en la cabecera del diario Público, el periódico digital –autodefinido como “progresista”, de “izquierda” y “republicano”– en el que había consultado la noticia¹. “Lo público”, tan ambiguo y a la vez tan aclamado, se convertía de nuevo –rotulado el término en la portada del noticiero, verbalizado en la rueda de prensa de la señora Aguirre o “posteadó” luego en decenas de webs como respuesta comentada de los ciudadanos– en tropo recurrente y discursivo, y aún es más, en ideología capturada políticamente en las relaciones e interacciones de sujetos y actores distintamente posicionados.

En el presente artículo, el uso, el discurso y el valor del espacio público será rastreado a partir de un acercamiento teórico-etnográfico a la Acampada Coruña y a la red de prácticas y significados que el 15M ha ido tejiendo, en los últimos meses, a través de la ciudad, de los cuerpos y de las palabras. Veremos, pues, cómo el espacio público cobra fuerza, interés y valor simbólico –desde el punto de vista de los “indignados” y las “indignadas”– no tanto como lugar, sitio o emplazamiento, sino antes bien como posibilidad y proyecto de formas otras de relación y de convivencia. Lo que aquí he dado en denominar como la “imaginación de lo público” no desvela sino aquellas maneras de hacer que, primeramente a través de las plazas, las acampadas y las asambleas, han resultado y continúan funcionando como un poderoso ejercicio de imaginación política. Un ejercicio democrático y creativo que, además, deberá enfrentarnos de una vez con la gastada dicotomía de “lo público” y “lo privado”, desbordada hoy por flujos, comportamientos y conductas que enmarañan, confunden y desarticulan las porosas fronteras que una vez fueron entendidas como inamovibles, creando espacios móviles de contacto e hibridación capaces de incidir en los modos de vida contemporáneos.

Conviene empezar este relato, si cabe, recordando la relativa novedad del concepto de “espacio público”, el cual –siguiendo a Manuel Delgado (2011)–, se ha visto generalizado en los discursos de arquitectos, urbanistas y diseñadores desde no hace más de tres décadas. En su acepción contemporánea, por igual reivindicada que atacada por las estrategias capitalistas de las grandes corporaciones –recientemente amparadas por el beneplácito del Estado– dicha expresión aglutina tanto la suma de lugares abiertos como ciertas formas de vínculo y de relación con el poder:

1. Para quien desee consultar la rueda de prensa de la ex-presidenta con mayor detenimiento, véase: <http://www.publico.es/espana/432657/aguirre-acampar-es-una-plaza-es-privatizacion-del-espacio-publico>.

Es decir, es lo topográfico cargado o investido de moralidad a lo que se alude no sólo cuando se habla de espacio público en los discursos institucionales y técnicos sobre la ciudad, sino también en todo tipo de campañas pedagógicas para las «buenas prácticas ciudadanas» y en la totalidad de normativas municipales que procuran regular las conductas de los usuarios de la calle (Delgado, 2011: 19).

Y en la fuerte densidad política de su evocación y su reclamo, tanto desde la institución como desde el movimiento, aunque claramente diferenciados:

El concepto vigente de espacio público quiere decir *algo más* que espacio en que todos y todo es perceptible y percibido. Es decir, el concepto de espacio público no se limita a expresar hoy una mera voluntad descriptiva, sino que vehicula una fuerte connotación política. Como concepto político, *espacio público* se supone que quiere decir esfera de coexistencia pacífica y armoniosa de lo heterogéneo de la sociedad, evidencia de que lo que nos permite hacer sociedad es que nos ponemos de acuerdo en un conjunto de postulados programáticos en el seno de los cuales las diferencias se ven superadas, sin quedar olvidadas ni negadas del todo, sino definidas *aparte*, en ese otro escenario al que llamamos *privado* (Delgado, 2011: 20).

Sin embargo, tal y como veremos, el 15M y su conquista del derecho a hablar “en” y “desde” las plazas, propone una vivencia del espacio público que, aún cargada de afectos y mistificaciones, deja un lugar para el disenso y el conflicto, un sitio para el habla que rompe los monopolios de la palabra propios de la Transición, entendiendo el consenso de modo distinto –como medio y no como fin–, articulando expresiones y sentidos nuevos, capaces de entrecruzar lo privado con lo público, la intimidad con la política, enredándose a lo largo del cuerpo de la ciudad, en los confusos bordes metropolitanos que hoy la limitan y la envuelven, y mediante las tecnologías que la circulan, la recorren y la atraviesan.

1. INTERSTICIOS DE LO PÚBLICO, POLÍTICAS DE LA PLAZA

Pegada a la limpia fachada del Banco Santander, justo a unos pasos del cajero electrónico, una fila heterogénea de personas se va formando de modo más o menos ordenado, esperando su turno para agarrar el megáfono y, desde un púlpito aceleradamente improvisado, hablar a la “plaza”. La Acampada Coruña, instalada en el centro de la ciudad –en una zona peatonal definida técnicamente, por varios arquitectos entrevistados, como “esquina”–, aparecía desplegada junto al icónico Obelisco en una distribución prácticamente lineal. Rodeado de multinacionales, fundaciones privadas y entidades bancarias, el campamento “indignado” renombraba la susodicha “esquina” arquitectónica como *praza 15 de maio*. Además de reproducir el eco contagioso de tantas plazas y de tantos renombramientos, el 15M local resignificaba un espacio de la ciudad, habitualmente limitado al consumo, al tránsito y al mero pasaje, y lo volvía “público” al entenderlo y practicarlo como plaza. La plaza terminaría convirtiéndose, desde aquellos días, en una “manera de hablar” más que en un lugar, en una forma de relación antes que en un espacio geométrico. Imaginada públicamente a través de los cuerpos y las palabras, ésta se integraría definitivamente en el imaginario y el repertorio colectivo, habitando desde entonces el vocabulario cotidiano y la gramática de acción política del movimiento.



Figura 1. Turno de micro abierto en Acampada Coruña, Carlos Diz.

Una vez tomado el megáfono, más o menos titubeantes y nerviosos, parte de los desconocidos que dirigían su voz al semicírculo assembleario, construían su relato desde su cuerpo y su experiencia, volviendo lo personal intensamente político. Su anonimato, que entre la multitud los camuflaba y protegía, se quebraba con su enunciación y su *storytelling*, pues su historia de vida, su intimidad y su mundo privado, se instrumentalizaban políticamente, se fragmentaban y coagulaban en un ambiente público y compartido. En este caso, lo privado era el fundamento de lo público: los dramas de miseria y subsistencia, las narraciones de desahucios y desempleo, las vivencias de la crisis y el hambre, conformaban la crónica popular que daba fuerza y sentido a la acampada y a los encuentros diarios. “Lo público” y “lo privado”, lejos de existir como entidades aisladas e independientes, se articulaban en constantes procesos de diálogo y negociación; no eran espacios, sino formas discursivas. Al igual que se confunden hoy las fronteras de las ciudades, se confunden también los límites entre ambas categorías; éstas no vienen dadas, sino que han de ser construidas y reconstruidas. Del mismo modo, las “redes sociales” –plazas virtuales de intercambio y aprendizaje, y lugar de encuentro previo a las manifestaciones– nos obligan a repensar dicha dualidad, pues proponen nuevos códigos, contraseñas, formas de intimidad y tácticas de relación que sobrepasan los términos anteriores: los blogs y “fotologs”, por ejemplo, son contenedores públicos de acceso abierto pero de contenido privado, consultados por el personal de recursos humanos en su vigilancia del perfil de los candidatos y, para la desdicha de algunos, capaces de jugar malas pasadas a ciertos aspirantes. Los intersticios de lo público, pues, han de mantenernos alerta de los cruces, las hendiduras, las fisuras, las grietas y las fallas entreabiertas entre

los cuerpos y los discursos; en la Acampada Coruña, los intersticios de lo público se alimentaban de relatos presumiblemente “privados” y paradójicamente, “lo público” se hacía más vivo e intenso a medida que “lo privado” era compartido, publicado y difundido.

El espacio, anotemos, no resulta algo ontológicamente dado, sino que se construye y se produce en el decir y en el hacer: surge de los mapas del discurso y de las prácticas del cuerpo. Igualmente, todo comportamiento está localizado y es construido por el espacio. Así, el “espacio incorporado” de la plaza –hecho cuerpo y agenciado– nos desvela un emplazamiento donde la experiencia se espacializa; espacio incorporado que no es sino un “modelo para comprender la creación de lugares a través de la orientación espacial, el movimiento y el lenguaje” (Low y Lawrence-Zúñiga, 2003: 2). Precisamente, y entendiendo la ciudad como conjunto múltiple y polimorfo de escenarios del cuerpo –situados, regulados y comunicados–, tanto la acampada como las “asambleas de barrio” han funcionado como dispositivo o tecnología política productora de saberes, textos, relaciones, afectos, vecinos, tácticas, símbolos, moral, etc. El 15M produce un “ambiente” o “clima social” que, inspirado alegremente en las “políticas de la plaza” –basadas en la comunicación, la participación, la democracia, el intercambio y la horizontalidad–, intenta contrarrestar una “ecología del miedo-ambiente” generalizada por medio de la “crisis”, el lenguaje, el despliegue de fronteras internas en la ciudad y las políticas de “ajuste”, recortes y segregación. Contra ello, y como antes veíamos, la conquista de la palabra y de los relatos, de la capacidad de contar y de generar nuevas políticas del cuerpo, desafía a un régimen de biopoder que, en términos foucaultianos, y respondiendo a la lógica del “hacer vivir y dejar morir”, no acentúa sino la intervención sobre la vida y la conducta de las poblaciones. Frente a éste, el cuerpo es el recurso que da derechos. Sus “usos políticos”, ya sea en los relatos de sufrimiento o en la exposición de sí mismo, dan forma a lo que Fassin, recuperando la idea de Hannah Arendt, llama biogitimidad: “si el biopoder es un poder sobre la vida, la biogitimidad es un poder de la vida” (Fassin, 2003: 53).

2. EL DESCENTRAMIENTO DE LA CIUDAD: IMAGINAR EN CLAVE METROPOLITANA

Hubo un tiempo en que la expresión “ir a la ciudad” tenía un sentido. Nuestra época, en cambio, dominada por el auge de la “ciudad sobreexpuesta” (Virilio, 1991), dinámica e intensa, proyectada en luces e imágenes a través de las tecnologías de la información, y capaz de reconfigurar el sentido de la distancia mediante la urbanización “en tiempo real”, ha construido una nueva forma de habitar echando mano de la expresión “ir al centro”, como si la ciudad se negase a dejar de envolvernos, como si permaneciéramos por siempre en su interior. Hoy, y en clave tendencial, este último enunciado también ha de ser repensado. Si el 15M no es más que un intersticio de urbanidad entre Egipto y Nueva York, o entre Grecia e Islandia, y si la Acampada Coruña –como ensayo de producción social del espacio– no se entiende sin los ecos de las “okupaciones” de Lisboa, Compostela, la puerta del Sol o la plaza Syntagma, entonces nos topamos con un

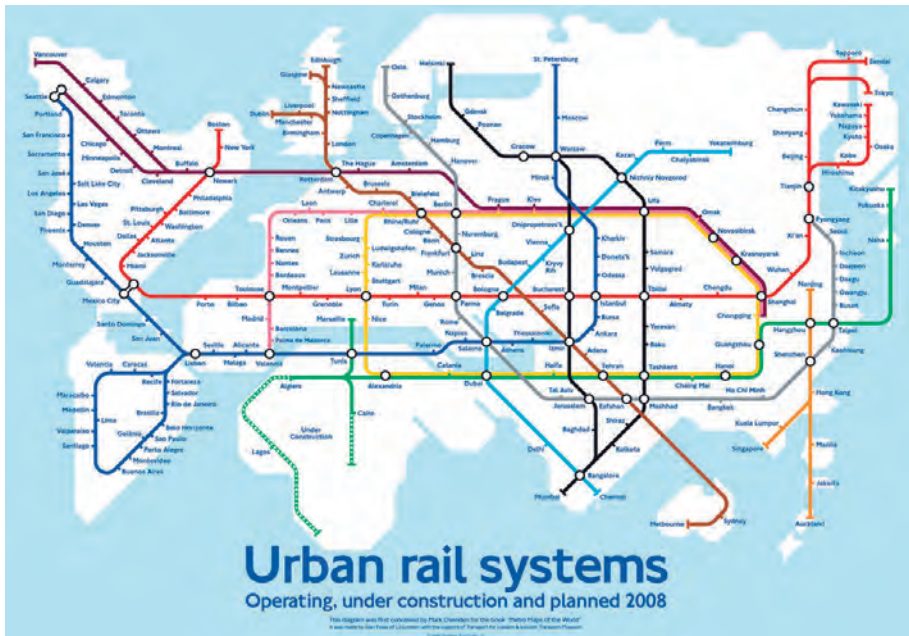


Figura 2. World Metro Map, Mark Ovenden.

paisaje global metropolitano de ciudades descentralizadas, nodos interconectados por circuitos transfronterizos, con múltiples núcleos y ramificaciones. El centro, por así decirlo, ya no está en ninguna parte, aún cuando las “nuevas geografías de la centralidad” (Sassen, 2003), vinculadas a procesos globales de deslocalización y a formas de producción postfordista, se reubican en las grandes ciudades concentrando a millones de turistas y a las élites artísticas y científicas, asumiendo funciones de comando, innovación, coordinación y toma de decisiones. Al mismo tiempo, experimentamos un descentramiento de la vivienda –donde el ordenador y la televisión ocupan el lugar del hogar– y el descentramiento del individuo, “originado por el conjunto de instrumentos de comunicación de los que dispone, que le mantienen en permanente relación con el mundo y, por así decirlo, fuera de sí mismo” (Augé, 2007: 82). Con todo, parece que el giro tecnológico y comunicacional ha quebrado los binomios campo-ciudad, centro-periferia, o rural-urbano. Así, atentos a esta suerte de “devenir metropolitano”, debemos comprender que los cambios actuales transfiguran nuestros modos de vida y nuestras formas de participación en la ciudad, traduciendo sus efectos en la imaginación política de lo público y en igual medida, en la imaginación pública de lo político.

Una imaginación que repiensa lo público a través de “lo común”, sabiendo que la dicotomía público-privado puede estar bloqueando un análisis más enriquecedor:

[...] en términos estrictamente dicotómicos, existe una tendencia a ver los cambios en el espacio público sencillamente como un tipo de transferencia no democrática al dominio privado, resultando en una incontrovertible pérdida de libertad cívica. Este tipo de pensamiento universaliza y homogeneiza la esfera pública (así como el proceso de privatización) y protege a ambos del examen crítico de cómo cada uno se ve afectado por otros procesos de diferenciación y cambio. De la antigua *ágora* y del foro de la *polis* ateniense a la postmetrópolis del presente, el espacio público ha sido confusamente romantizado y mitologizado [...] hasta el punto de que es difícil ver que es un espacio *plenamente vivido*, sujeto para ser formado (y reformado) no sólo por los conflictos de clase sino también por el género, la raza, la etnicidad y otras relaciones diferenciales de poder social y espacial (Soja, 2008: 447).

Si mirásemos el mapa nocturno de nuestras ciudades por encima de donde habitan las nubes, veríamos sin duda un borroso y difuminado plano lleno de luces desparramadas en la noche, enmarañadas en una red de espacio y tiempo, confundiendo el límite de las ciudades tal como se confunden hoy las fronteras de lo público. Porque lo público también muta y se transforma: si en la Grecia clásica se situaba en la plaza –en el *ágora* evocada por los “indignados”–, la Ilustración le reservó escenarios nuevos como cafés y salones. La llamada “esfera pública” es una forma más de relación espacial –y por tanto, de relación de poder–, que autores como John Keane han venido abriendo y fragmentando, apuntando que no hay una sola esfera, sino “un mosaico complejo de esferas de diferentes tamaños, sobrepuestas e interconectadas” (García Canclini, 1996:6), entre las que distingue: las esferas “micropúblicas”, ligadas a espacios locales de vecinos o movimientos sociales; las esferas “mesopúblicas”, al nivel de los hoy debilitados Estados-nación, mediadas por redes de comunicación de ámbito nacional; y las esferas “macropúblicas”, de alcance supranacional y global, mediadas por redes como Internet y dirigidas a audiencias mundiales. Aunque su análisis no esté completo, resulta evidente que las recientes movilizaciones ponen en entredicho los confines de lo público, al ser éste imaginado, al mismo tiempo, desde lo global y desde lo local, en el ciberespacio y en la plaza. Si el 15M no es sino un intersticio de urbanidad, lo es porque lo urbano desborda y trasciende la ciudad: “lo que implica la urbanidad es la movilidad, los equilibrios precarios en las relaciones humanas, la agitación como fuente de vertebración social” (Delgado, 1999: 12), rasgos compartidos hoy a nivel global y metropolitano, y reflejados, como ya sabemos, en la reciente interconexión de las luchas ciudadanas.

Ante este horizonte móvil y resituado, la ciudad y sus corredores metropolitanos –que funcionan como un hilado híbrido, caótico y enmarañado que desborda los viejos bordes urbanos– constituyen los primeros lugares de la política, sitios de significado que devienen emplazamientos dinámicos sobre los que se tejen la cartografía moral y la topografía multisituada de los nuevos sujetos precarios. Cuando todo parece descentrarse y entrar en fuga, el 15M –igual de difuso y difuminado–, acampa irónicamente en el centro de las pantallas globales, recentrando su política desde el cuerpo y la plaza.

3. FORMAS DE HABITAR Y PRODUCCIÓN DE RELACIONES

Habitar el lenguaje, el cuerpo y el espacio para redefinir lo público y lo político, y para repensar la ciudad. Acampadas y asambleas han funcionado como productoras de relaciones, las cuales no son ajenas a las formas y transformaciones urbanas. En este caso, el anterior descentramiento se traduce en las maneras de pensar la “Gran Coruña”, extensión que mancomunada un buen número de municipios unidos a la “región metropolitana” formada junto a Ferrol Terra y Santiago de Compostela. El “puerto exterior” o *Marineda City* –complejo comercial que ocupa medio millón de kilómetros cuadrados, ubicado en los alrededores y comunicado “hacia afuera” a través de un nuevo eje vial–, acentúan el intento de la ciudad de volcarse hacia el exterior, como si las facilidades de acceso y salida fueran el primer objetivo, como si la ciudad se volviese un mero eje o punto de intersección. Pero sin duda, el ejemplo más claro lo tenemos en Inditex, empresa local –hoy deslocalizada y mundializada–, que siendo la primera firma textil es capaz de producir, además de los bienes materiales, toda una serie de narrativas socioculturales, relatos estéticos, modelos urbanísticos y formas de vida. Tal y como indica el colectivo Ergosfera², su modelo flexible de producción postfordista y su arquetipo de “capitalismo amable” –sostenido, por ejemplo, con labores de mecenazgo y filantropía–, conviven con una lógica planetaria de externalización. Marcas como Zara generan rituales de consumo y visten el espacio público, incidiendo en la vida cotidiana de cientos de lugares, de igual modo que las operaciones de “comercio urbanístico” de los dueños de la firma –capaces de invertir, en plena crisis, en rascacielos de Chicago o en la Torre Picasso madrileña– producen cambios en los paisajes de la ciudad, ubicando sus tiendas en enclaves estratégicos e insertándolas en una lógica global de flujos y cartografías móviles. Con ello, y sabiendo además que organismos transnacionales y agentes externos como la *troika* deshacen el modelo de política estatal y alejan a la ciudadanía de la toma de decisiones, el experimento de convivencia de las acampadas instala una arquitectura del deseo, una nueva relación interpretativa con la ciudad y con la política.

Tal relación política con el espacio empieza con la denominada “conquista de lo público”. Ahora bien, en Galicia el concepto resulta novedoso, pues apenas existe un espacio público tradicional, sino uno comunal –de todos y de nadie–, el espacio propio de las *parroquias*, visible en formas de la arquitectura popular como *lavadoiros*, *palcos* o *cruceiros*, espacios igual de permeables y difusos, pero con un sentido de responsabilidad y de propiedad colectiva. Es preciso remarcar aquí que el 15M y movimientos previos vienen reivindicando el concepto de “pro-común”, la producción de “lo común” compartido, que funcione como “tercer espacio de circulación” (Appadurai, 2007: 184) o, lo que es lo mismo, que permita repensar lo público superando la dicotomía con lo privado, introduciendo una esfera que esté más allá del Estado y de los mercados. De un modo u otro, la acam-

2. Este inspirador colectivo de arquitectos “sin papeles” ha iniciado hace poco una interesante investigación sobre las materializaciones del capitalismo a través del caso Inditex en A Coruña. Véase: <http://ergosfera.org/blog/?p=2948>.

pada ayudaba a repensar el urbanismo como forma de intervención directa de la ciudadanía, funcionando con la lógica del “hacker”; esto es, viendo y viviendo la ciudad y lo público en proceso y construcción, aplicándoles giros, intervenciones, traducciones y recombinaciones, reproduciéndose de modo análogo al software libre y al *open source* de los *hackers*, imaginando la democracia como una sociedad de código abierto, “sociedad cuyo código fuente se revela a todos, de tal modo que podamos trabajar en colaboración para corregir y crear nuevos y mejores programas sociales” (Hardt y Negri, 2006: 386). Sabiendo que “hablar de *espacio*, en un contexto determinado por la ordenación capitalista del territorio y la producción inmobiliaria, siempre acaba resultando un eufemismo” (Delgado, 2011: 10) –cuando en realidad se quiere decir *suelo*–, las formas de habitar-juntos producidas por acampadas y asambleas generaban dinámicas de afectos y de cuidados, así como vínculos espaciales diferentes, formas otras de convivencia y relación, inclusivas y hospitalarias, que germinarían en “bancos de tiempo”, *mercadiños de troco*, redes de apoyo mutuo, huertas urbanas, colectivos como “Stop desahucios”, “okupaciones”, cooperativas, talleres de reciclaje y asociaciones, todas volcadas en la vivencia de una ciudad incorporada, directamente experienciada y compartida a través del cuerpo y las palabras, una ciudad capaz de ser aprehendida e imaginada en base a políticas de proximidad. Un espacio localizado, sensible, sentido y percibido, en donde “lo cotidiano” y “lo local” aparecen como una forma palpable de “experiencia sensual” (Hannerz, 1998: 49).

Mirando el espacio urbano como espacio de conflicto, la acampada se erigía como arquitectura expresiva e insurreccional y, a la manera de las barricadas, se enunciaba como “ciudad levantada” y “contrapunto del monumento burgués” (Delgado, 2006: 7). Si cada cosa tiene un sitio y hay un sitio para cada cosa, el campamento rompía el orden habitual y acogía –en sentido douglasiano– a sujetos fuera de lugar, “contaminantes” y “sucios” para el grado de pureza e higiene reservado al espacio público. Tal y como me lo explicaba Xoán Mosquera (arquitecto y activista), la acampada se situaba en el paisaje como una “habitación adolescente”, desordenada para el ojo oficial y disciplinario, un lugar donde una improvisada dramaturgia te hace tropezar con una disposición diferente de las cosas y de los cuerpos en el espacio, una habitación-frontera (generalmente “sucias”) en la que algo nuevo emerge. Paradójicamente, este desorden inspirado por el movimiento 15M detenía el movimiento común de calles y plazas: éstas se convertían en espacios manipulables y vivos para el encuentro, la palabra y la escucha, olvidando el peso del diseño urbano que vuelve al espacio contingente para el movimiento, es decir, que éste queda relegado a una función de tránsito, convirtiéndose la calle en mero pasaje y el espacio público en derivado del movimiento (Sennet, 1978).

Frente a un régimen de biopoder hoy agudizado a través de la crisis, los recortes y el despliegue del miedo urbano, la disposición de las acampadas como espacios abiertos generaba una biopolítica del cohabitar, una forma relacional de practicar la ciudad contrapuesta al paisaje urbano de inseguridad, fronteras internas y “puertas cerradas” (Caldeira, 2007). Una vez que la ciudad se constituye ella misma en dispositivo de control y vigilancia, los procesos de segregación que en ella se dan “instauran distancias morales que hacen de la ciudad un mosaico

de pequeños mundos que se tocan sin interpenetrarse” (Agier, 1995: 220), guardando así la distancia entre la población normalizada, los sujetos de riesgo y los recursos a los que éstos tendrían acceso. Los parados, los migrantes o los enfermos, por ejemplo, separados hoy de recursos básicos de asistencia y protección social, son estigmatizados en nuestros barrios por la aplicación de políticas de “biosegregación”, en tanto crean y fijan unas “identidades manchadas” (Agier, 2002: 117), en este caso por la violencia, las enfermedades, la miseria y la desigualdad. Contra este “mantener a distancia” de la ciudad de control, la biolegitimidad antes citada –nacida de concentrar y visibilizar a los cuerpos en el espacio– producía otros relatos y formas de relación, dispuestas a tomar el espacio público para cambiar la ciudad.

4. CONCLUSIONES

El espacio público, en definitiva, está sujeto a múltiples lecturas. Por un lado, las palabras de la señora Aguirre que abrían este artículo, y por otro, las lógicas instaladas en la acampada y que siguieron vivas cuando ésta tocó su fin, son sólo una pequeña muestra de dos formas diferentes de entenderlo. Con todo, valdría la pena recordar que ni “la ciudad” ni el “espacio público” son entidades dadas, concretas y finitas, sino que están sujetas a múltiples cambios, niveles y negociaciones, y ocupan hoy –si cabe más que nunca– un lugar clave para las luchas políticas y la participación ciudadana. No son tan sólo el escenario de la acción, sino aquello mismo que está en juego.

Si reconocemos, junto a Delgado (2011), que el “espacio público” se puso de moda entre los planificadores a partir de las iniciativas de reconversión urbana, entendido simplemente como un vacío entre construcciones que hay que llenar en base a objetivos de rentabilidad económica, entenderemos toda “la invasión corporativista” y la “privatización del espacio” denunciada por los indignados desde las calles. El 15M, con su retórica del “estar-juntos” –que aquí he denominado “biopolítica del cohabitar”–, su producción de relaciones y su difusión de las políticas de la plaza a los distintos entramados de la red metropolitana, actualiza el sentido discursivo del espacio público, capturándolo ideológicamente e imaginándolo políticamente como el lugar estrella de la democracia.

Si el espacio público es antes un discurso que un campo geométrico, y si –en clave fenomenológica– existe un espacio para cada vivencia corporal del mismo, pensar el espacio público se vuelve igual de complejo que preguntarse dónde acaba hoy la ciudad. Sin embargo, es en dicha complejidad donde anida el reto contemporáneo para nuestra disciplina, complejidad derivada de repensar –tal y como se ha hecho desde las acampadas o se hace hoy desde las redes sociales– la dualidad de “lo público” y “lo privado”, ya sea a través de “lo común” o de otras fórmulas, pero viéndolas siempre en interrelación, en contagio e hibridación, en un ejercicio constante de redefinición y renegociación.

Qué duda cabe, no obstante, de que la privatización va en aumento y de que estrecha las posibilidades de relación en los espacios abiertos de nuestras ciu-

dades. Hasta valores democráticos elementales de la ciudad moderna, como la accesibilidad, la heterogeneidad, la igualdad, la libre circulación, el uso espontáneo de calles y plazas o el disfrute de un ocio y consumo accesibles, se ven hoy amenazados y restringidos, condicionando y limitando así las potencialidades de la vida pública. El ideal moderno de universalidad, por lo tanto, se borra en nuestras calles a la vez que los procesos de segregación espacial favorecen “enclaves homogéneos” y “estrategias de separación” (Caldeira, 2007). En dolorosa contrapartida, la apertura y la accesibilidad se pierden a medida que, paradójicamente, nos adentramos en una sociedad de consumo sin consumidores, donde se produce más de lo que la gente puede comprar. Pese a ello, nuestra obligación, nuestra esperanza, reside en acercarse a la imaginación de lo público para entender que éste se destruye tanto como se reformula.

Si el mundo, el cuerpo y la ciudad se descentran –si en cierto modo ya no están aquí–, la “centralidad” como propiedad esencial del espacio urbano, así entendida por Lefebvre (1976), pierde hoy su sentido. En cambio, su “derecho a la ciudad”, leído como “el derecho de los ciudadanos a figurar en todas las redes y circuitos de comunicación, información e intercambios” (Lefebvre, 1976: 19) se vuelve aún más urgente. Tal derecho debe ser hoy actualizado:

“La cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede estar divorciada de la que plantea qué tipo de lazos sociales, de relaciones con la naturaleza, de estilos de vida, de tecnologías y de valores estéticos deseamos. El *derecho a la ciudad* es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad” (Harvey, 2009: 23).

5. BIBLIOGRAFÍA

- AGIER, Michel. “Lugares y redes. Las mediaciones de la cultura urbana”. En: *Revista Colombiana de Antropología*, nº 32, 1995. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 1995; pp. 219-243.
- AGIER, Michel. *Aux bords du monde, les réfugiés*, 1ª ed. Paris: Flammarion, 2002 ; 187 p.
- APPADURAI, Arjun. *Géographie de la colère. La violence à l'âge de la globalisation*, 1ª ed. Paris: Payot, 2007; 207 p.
- AUGÉ, Marc. *Por una antropología de la movilidad*, 1ª ed., Barcelona: Gedisa, 2007; 93 p.
- CALDEIRA, Teresa. *Ciudad de muros*, 1ª ed., Barcelona: Gedisa, 2007; 479 p.
- DELGADO RUIZ, Manuel. *El animal público*, 3ª ed., Barcelona: Anagrama, 1999; 218 p.
- . “La ciudad levantada. La barricada y otras transformaciones radicales del espacio urbano”. En: *Foro Civitas Nova*, conferencia, 2006. Albacete: Fundación *Civitas Nova*, 2006.
- . *El espacio público como ideología*, 1ª ed., Madrid: Catarata, 2011; 120 p.
- FASSIN, Didier. “Gobernar por los cuerpos, políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia”. En: *Cuadernos de Antropología Social*, nº 17, 2003. Buenos Aires: Universidad, 2003; pp. 49-78.

- GARCÍA CANCLINI, Néstor. "Público-privado: la ciudad desdibujada". En: *Alteridades*, nº 6, 11, 1996. Ciudad de México: Iztapalapa, 1996; pp. 5-10.
- HANNERZ, Ulf. *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, 1ª ed., Madrid: Cátedra, 1998; 290 p.
- HARDT, Michael; NEGRI, Antonio. *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, 1ª ed., Barcelona: Debate, 2004; 461 p.
- HARVEY, David. "El derecho a la ciudad". En: *Carajillo de la ciudad, Revista Digital del Programa en Gestión de la Ciudad*, nº 1, 2009. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya, 2009.
- LEFEBVRE, Henri. *Espacio y política. El derecho a la ciudad, II*, 1ª ed., Barcelona: Península, 1976; 157 p.
- LOW, Setha M.; LAWRENCE-ZÚÑIGA, Denise (Eds.). *The Anthropology of Space and Place. Locating Culture*, 1ª ed., Oxford: Blackwell, 2003; 422 p.
- SASSEN, Saskia. *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*, 1ª ed., Madrid: Traficantes de Sueños, 2003; 125 p.
- SENNET, Richard. *El declive del hombre público*, 1ª ed., Barcelona: Península, 1978; 433 p.
- SOJA, Edward W. *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, 1ª ed., Madrid: Traficantes de Sueños, 2008; 594 p.
- VIRILIO, Paul. *Lost Dimension*, 1ª ed., New York: Semiotext (e), 1991; 148 p.